



Danzig, antes de que fuese destruida por las bombas en el curso de la última guerra mundial. A partir de entonces, nunca más he vuelto a soñar con esa ciudad».

Resulta difícil comprender cómo un hombre regresaría, una y otra vez, en sueños a Danzig, penetrando cada vez más en su vida, cuando nunca había estado allí y no estaba implicado, en modo alguno, en la ciudad, ni intelectual ni emotivamente. Hay dos explicaciones posibles. La primera consiste en que tan extraña serie de sueños fue de carácter precognoscitivo, como los de otras muchas personas, pero que lo que estaba recibiendo por anticipado era su experiencia futura de leer una novela o ver una comedia o una película sobre Danzig. (Mi comunicante no es un hombre viejo; por tanto, es imposible que esa novela se hubiera leído, o se hubieran visto esa comedia o esa película, en el pasado, y luego se hubieran olvidado.) Nuestro yo soñante no establece distinción entre una experiencia de primera mano y otra de segunda mano, entre lo que conoce-

remos directamente y lo que nos será comunicado mediante la ficción o el drama, la radio o los periódicos. De modo que esta explicación es posible.

Por otra parte, quizá las insistentes experiencias de los sueños llegasen a él a través de una comunicación telepática, procedente de la mente de alguien que viviese en Danzig. En esos sueños vivía la vida de otro, como si en el teléfono se «cruzasen» las líneas. Nunca he tenido esta clase de sueños recurrentes, pero, desde luego, he tenido sueños, plenamente realistas y razonables en su contenido, que me han sugerido que acaso estuviese viviendo la vida de otro. Sin embargo, siendo novelista y dramaturgo profesional, he supuesto que debía de estar utilizando en mi existencia soñante mis habilidades adquiridas. No obstante, ha habido excepciones, y hace años describí una de ellas en un libro autobiográfico, *Rain Upon Godshill*:

Una noche del pasado año me vi en sueños en una ciudad extranjera, y, aunque yo no tenía nombre y no sabía cuál era mi aspecto, me sentía un hombre más joven

Modelo que reconstruye el aeródromo de Drem, en Escocia, escenario de una experiencia precognoscitiva de sir Victor Goddard (quien también fue el origen del sueño precognoscitivo descrito en la pág. 193). Mientras volaba en medio de la lluvia y la niebla sobre Escocia en 1934, Goddard vio a sus pies lo que debería haber sido el aeródromo de Drem. Pero, en lugar de los no utilizados cobertizos esparcidos por el campo que era Drem a la sazón, el aeródromo aparecía en perfecto orden de actividad, con mecánicos de mono azul entre cuatro aparatos amarillos. Cuatro años después, los detalles de la experiencia de Goddard se cumplieron exactamente. El aeropuerto fue reconstruido, los aparatos de entrenamiento fueron pintados de amarillo (en lugar de color plateado, como anteriormente), y el mono azul se había convertido en la prenda obligada de los mecánicos.

y más bajo, realmente otra persona estudiante o algo por el estilo. Me introduje subrepticamente en una pieza donde había cierto número de diminutos modelos de algún invento militar o naval, y acababa de coger de la mesa uno de ellos, cuando entraron impetuosamente dos oficiales con uniforme. Al buscar yo corriendo la salida por la puerta opuesta, uno de ellos disparó varias veces contra mí, hiriéndome gravemente, y, cuando salí tambaleándome a la calle, sentí que se me escapaba la vida por momentos. Yo resulté efectivamente herido en el curso de la guerra, pero no de esa manera, y nunca, durante mi existencia despierta, he sentido escapármese rápidamente la vida. Y tampoco creo que pudiera inventar aquel vasto y palpitante chorro de debilidad. Sin duda, la mayor parte del sueño fue invención mía, aunque no soy dado a esa clase de melodramas; pero juraría que aquel tambaleante avance desde la oficina hasta la calle y la ciega debilidad que me invadió, fueron los últimos momentos de alguien y que mi conciencia los había vuelto a vivir.

Uno de los sueños más gráficos y detallados que me han sido enviados, casi repite esta experiencia. Es demasiado extenso para reproducirlo, pero describe cómo el soñante se encontraba en un teatro, desierto, con excepción de una fila de condenados de pie en el escena-

rio, un pelotón de soldados detrás de las últimas butacas y el oficial que los mandaba, y cómo el soñante, cuando todos los hombres habían sido fusilados, salvo uno, intervino y resultó mortalmente herido, y cómo, clavando las uñas en la roja alfombra del teatro, sintió que la vida se le escapaba a chorros, lo mismo que me había sucedido a mí en sueños. Se despertó con la misma impresión que yo tuve, es decir, con la impresión de haber vivido de nuevo los últimos momentos de alguien.

Nos hemos desviado un tanto de la precognición, pero podemos permanecer apartados de ella el tiempo suficiente para considerar el tercer sueño de un lugar, que rompe la pauta familiar. En este caso, todavía no se ha producido un acontecimiento real que encaje con el sueño, pero no puedo por menos que tener la impresión de que tarde o temprano se producirá. La carta empieza así: «He aquí un sueño que he tenido cuatro veces durante mis treinta y un años de edad, es decir, a eso de los siete años, después a los dieciséis y veinte, y, hacé unos años, a los veintiocho.» Ese sueño siempre le sitúa en un tocosco bar americano, debajo de un desván de un edificio de madera semejante a una cabaña. Ha visto la comarca en torno, que es una tierra llana y pobremente cultivada, llena de cercados miserables, pajares destartalados, cercas medio caídas de alambre espinoso. En la parte exterior del bar, hay un montón de desecho: un enorme y herrumbroso barril de petróleo, cajas rotas, latas, rollos de cuerdas. No hay nada pintoresco y romántico, ni fuera ni dentro del bar. El soñante no sabe dónde se halla. El escenario sugiere una de las regiones menos prósperas de los Estados Unidos, Canadá o Australia.

Pero cada vez que se ha visto en el interior de esa cabaña, se ha sentido maravillosamente contento: «Jamás he experimentado tal felicidad, hasta ahora, en ningún momento de la vida real. Es como si hubiera llegado adonde descaba llegar. No hablo con nadie, pero ellos saben que estoy allí, y eso basta. No se preocupan de nada, ni tratan de mostrarse amistosos o simpáticos, puesto que es innecesario. Ellos, como yo, son de allí, forman parte de aquello. Se interesan por todo, sin interesarse efectivamente por nada.» Tiene la firme impresión de que el lugar existe o ha existido en algún momento. Y, como ya lo ha visitado a las distintas edades de siete, dieciséis, veinte y